

## EN RECUERDO DE UN MAESTRO Y AMIGO: José Luis Martín (1936-2004)

Debo advertir, de entrada, de la dificultad que para mí encierra escribir unas páginas que no pueden por menos de actualizar la memoria de una pérdida irreparable tanto desde el punto de vista humano, como científico. Como también es poco menos que imposible en mi caso sustraerse a la necesidad de manifestar sentimientos demasiado personales que no son del todo apropiados —quizás por una lamentable deshumanización de la ciencia— en el marco de una revista científica. Pero no exagero al afirmar que con el fallecimiento de José-Luis Martín he perdido un referente vital; pérdida que, me consta, lo es también para otras muchas personas que le conocieron de cerca, que siguieron su larga trayectoria científica y, sobre todo, que sintieron su calor humano.

Su llegada en el año 1966 a la que entonces era Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Salamanca vino marcada por una cierta perturbación del orden académico dominante. La proximidad de su trato con los alumnos, que supo compatibilizar con la adustez que emanaba de su enorme timidez, su generosidad, comprensión y cercanía a problemas personales que a veces eran tan sólo tangenciales al ámbito estricto académico le granjearon pronto la simpatía de los alumnos, al mismo tiempo que suscitaban los recelos de algunos de sus colegas, instalados en una especie de relación de dominación sobre los alumnos. Nadie en el trato con José-Luis, ni entonces, ni mucho menos después, utilizaba el ostentoso y un tanto pueblerino prefijo del «Don». Para todos ellos, alumnos o no alumnos, pero que habían tenido ocasión de sentir la proximidad y la cordialidad de su trato, el profesor José Luis Martín era sencilla y llanamente, José-Luis (con guión, como a él le gustaba firmar sus trabajos).

Lentamente se iban consolidando las bases humanas e intelectuales sobre las que se asentaría la obra que él sintió como la más importante de su actividad profesional y de la que más satisfecho se sintió: el Departamento de Historia Medieval de Salamanca. No creo pecar de presunción al afirmar que dicho Departamento llegó pronto a erigirse como uno de los referentes de la amplia renovación historiográfica sobre la Edad Media que a lo largo de los años setenta y primeros ochenta se estaba llevando a cabo en nuestro país. Y no porque desde otros centros de trabajo no se estuviesen elaborando aportaciones sustan-

tivas a esta renovación, como son los casos de la Complutense, Santiago, Cantabria, Valladolid. Pero lo que distinguió a Salamanca en aquellos momentos fue la homogeneidad del grupo en cuyo seno se generó, bajo el impulso de José-Luis, una investigación de gran complejidad y coherencia metodológica. Él se sintió siempre orgulloso del Departamento; y los que tuvimos la fortuna de integrarnos desde el primer momento en aquella empresa seguimos sintiéndonos orgullosos del maestro y de la obra realizada bajo su dirección.

Pero promover y llevar a término una empresa de esta envergadura exige no sólo cualidades humanas que hagan atractivo el proyecto a los colaboradores; igualmente necesaria es la posesión del gran bagaje intelectual que precisa la formación de los futuros investigadores. Formado intelectualmente en la Universidad de Barcelona, José-Luis dio muestras siempre de un sólido conocimiento de la Historia de la Corona de Aragón; lo que no fue ningún obstáculo para profundizar en la historia más próxima geográficamente al nuevo lugar en que estaba desplegando su actividad: la Historia de la Corona de Castilla. Una de las plasmaciones más afortunadas de esta amplitud de conocimientos fue su libro *La Península en la Edad Media*, cuya primera edición apareció en el año 1978 en la editorial Teide. Es una obra fundamental por la exhaustividad temática, por la profunda comprensión de los procesos sociales del conjunto peninsular y por la imponente investigación de primera mano que contiene, lo que le confiere una sugestiva originalidad en muchos de los temas tratados. El libro se convirtió rápidamente en un instrumento básico e imprescindible para todos los que en aquellos años tratábamos de penetrar en el conocimiento de nuestra historia medieval y nos aprestábamos a incorporarnos decididamente a la carrera docente universitaria mediante el acceso al Cuerpo de Adjuntos, primero, y más tarde, al de Agregados. La deuda contraída con José-Luis por muchos de los catedráticos y profesores titulares universitarios actuales es impagable, aunque no siempre suficientemente reconocida.

El éxito de José-Luis como maestro de medievalistas proyectó, a través de algunos de sus alumnos, los planteamientos del Departamento salmantino hacia otros ámbitos geográficos. Valencia, Cáceres, Sevilla, Alcalá, Deusto cuentan o han contado transitoriamente con medievalistas formados en Salamanca o, más tarde, en la Complutense en el escaso tiempo que permaneció en aquella universidad. Y su tránsito por las universidades que les han acogido no se puede decir que hayan pasado inadvertidos porque no sólo han aportado conocimientos, sino, lo que es más importante, una nueva forma de comprender la historia y un nuevo talante en la relación humana con compañeros y alumnos.

El año 1982 supone de alguna forma una quiebra en la trayectoria profesional de José-Luis Martín. La llegada del PSOE al poder le ofrece nuevas posibilidades de expandir al mundo extrauniversitario la visión de la sociedad que él había madurado. Es lo que le llevó a asumir la responsabilidad del Gobierno Civil de Salamanca. Su aceptación no es la respuesta inmediata a una oferta que a medio plazo resultó envenenada; era más bien la forma que consideró en

ese momento más adecuada y eficaz para entrar de lleno en una actividad política que nunca le había sido ajena. Sus amigos le oímos en alguna ocasión ironizar sobre su torpeza física al relatar el salto circense desde una ventana para eludir el cerco policial en la «capuchinada» barcelonesa. Desde su llegada a Salamanca y durante los años setenta, nunca dejó de alentar el inconformismo y la rebeldía de algunos de sus alumnos; y desde el Decanato de la Facultad se comprometió con frecuencia en la protección física y moral a alumnos con problemas por su actividad política.

Tampoco eludió el compromiso activo. En el año 1978, en su libro «Escritos políticos», en el que recopilaba una serie de artículos publicados con anterioridad en la prensa, escribe: «Historiador de profesión, he dedicado una parte considerable de mi tiempo durante los dos últimos años a meditar sobre la historia actual, sobre la política española —entendida en sentido amplio— y sobre la situación de cuantos vivimos en la región castellano-leonesa». Esta meditación, esta comprensión vital de la política como actuación ante las necesidades vitales de la sociedad en la que inmediatamente estaba radicado le llevó a presentarse al Senado en las elecciones legislativas de marzo del 79 sin más recursos que los suyos propios y la colaboración y apoyo desinteresados de un grupo de amigos. Es esta actitud la que le inspiró el proyecto de creación del Instituto Regional Castellano-leonés y la fundación de una editorial —«Ámbito»— cuyo objetivo originario era el de sacudir la apatía generalizada de la sociedad castellano-leonesa ante el reto de la construcción del Estado de las Autonomías. En este contexto se explica el aliento y la dirección de un movimiento popular que llegó a aglutinar a miles de manifestantes venidos de todos los pueblos del oeste salmantino contra los proyectos nucleares de Juzbado y Aldeadávila. Y cuando en 1984 el gobierno central que le había designado Gobernador le exige su firma preceptiva para la entrada en funcionamiento de la fábrica nuclear de Juzbado, José-Luis se planta en un gesto de coherencia. Es cesado. Y el gobierno central tiene que nombrar a un Gobernador títere para que estampe su firma. Pero a nivel personal, la coherencia había triunfado. Coherencia con lo que él había predicado anteriormente; coherencia con la actitud que le llevó a colaborar con un programa político progresista; coherencia, en definitiva, con su pensamiento más interiorizado: «Colaborar —escribía en uno de sus artículos en la prensa— no es sinónimo de aplaudir... colabora quien critica para mejorar y no quien aplaude para medrar.»

Tras el periodo agitado de la política activa, José-Luis se repliega a las ocupaciones más específicas de su profesión: la enseñanza y la investigación. Para entonces yo había accedido a una cátedra en la misma universidad. Fueron cinco años que siempre recordaré con añoranza. Años en que conviví como colega con quien siempre consideré maestro y, cada vez más, amigo entrañable.

En el año 1989 se traslada a la UNED. Era una especie de retirada hacia una actividad reposada de lectura, de reflexión, de exploración de nuevas vías de investigación. Medio en broma, medio en serio le gustaba decir que la histo-

ria social ya la estaban trabajando con pleno acierto sus alumnos. En el año 87 publica en colaboración con Antonio Linaje el libro *Religión y sociedad medieval. El catecismo de Pedro de Cuellar (1325)*. Aunque ya había precedentes del interés por los temas de ideología, mentalidades y cultura, este libro constituye un punto de arranque de nuevos trabajos. Entre ellos se encuentran la edición de fuentes cronísticas, como la de las *Crónicas* de Pero López de Ayala; o la transcripción y traducción de los tratados de Juan Gil de Zamora, alguno de ellos en colaboración con el catedrático de Latín de la UNED y antiguo amigo de Salamanca, Jenaro Costas; así como los estudios en torno a la obra de Eiximenis y de Vicente Ferrer. Buen gourmet como era, no menospreció las posibilidades del estudio sobre «el buen comer y el buen beber en la Edad Media», temática en la que trabajaba como un medio de relax y de disfrute ironizando, siempre con respeto, cariño y un deje de orgullo, sobre la «profundidad» de la investigación de sus discípulos. Todos estos trabajos son el testimonio de una enorme curiosidad intelectual y de una vastísima cultura adquirida como lector incansable.

También en la UNED su magisterio y su humanidad dejaron una impronta indeleble particularmente entre sus compañeros de departamento en los que, por otra parte, también encontró cálida acogida y correspondencia.

Pero el traslado a la Cátedra de la UNED no supuso el olvido de su compromiso con Salamanca y con su Historia. La actividad desplegada durante estos años da fe de ello. A su preocupación se debió el fuerte impulso que recibió el Centro de Estudios Salmantinos del que fue Director a lo largo de dos mandatos. De esta época data la publicación de varios tomos de Ordenanzas de Salamanca, así como la organización del *I Congreso de Historia de Salamanca*. Mención especial merece la *Historia de Salamanca*, historia del conjunto de la provincia, cuya publicación se debe a su capacidad de trabajo y organización; porque José-Luis Martín no sólo se encargó de la planificación científica, sino que asumió la ingrata tarea de la obtención de fondos para su financiación y se comprometió personalmente con la gestión económica de dichos fondos. El resultado ha sido una obra ciertamente atípica porque, aunque orientada al gran público, no se limitó a la divulgación de conocimientos, sino que se elaboró a partir de una intensa investigación de primera mano con el objeto de ofrecer a los lectores no sólo nuevos datos históricos, sino una interpretación de los mismos en la línea más novedosa de la investigación histórica; aspectos fácilmente perceptibles en la lectura atenta de los cinco volúmenes publicados.

Aunque parcialmente liberado de la docencia por el propio funcionamiento de la UNED, siguió ejerciendo su magisterio centrándose ahora en la dirección de Tesis Doctorales. Y desde su refugio de Zarapicos siguió en contacto permanente con sus alumnos y con el mundo científico mediante su presencia a congresos, organizando cursos extraordinarios, impartiendo conferencias, en una actividad constante, ahora ya casi frenética, difícilmente soportable para una persona en buen estado físico; pero en su caso, con una salud delicada, esta actividad no podía por menos de minar cada vez más severamente las reservas

de su organismo. Era una lucha tenaz contra el tiempo que debió comprender que se le acababa. Y así, de forma casi inesperada para sus allegados, no tan inesperada presumiblemente para él mismo, sucumbió dejando su ordenador encendido y su mesa de trabajo tapizada de notas manuscritas y libros abiertos a la espera de la consulta inmediata. Murió en plena actividad, como él siempre deseó. Su legado científico es inmenso. Pero en el ámbito de los afectos ha dejado tras sí un vacío que el tiempo no llegará nunca a colmar.

*José María Mínguez*  
Universidad de Salamanca